

# La idealidad krausista en el fin de siglo XIX: Leopoldo Alas

*Adolfo Sotelo Vázquez*

*Para Enrique Jorge Fernández,  
in memoriam*

*Il y a un ordre du silence, avec ses saints,  
ses prêtres et ses prophètes.*

Edmond Jabès, 1951

*Les morts dépendent entièrement  
de notre fidélité*

Vladimir Jankélévitch, 1986

## I

En la trayectoria intelectual de Leopoldo Alas caben sin duda tres etapas, cuyo perfil esquemático es el siguiente: una inicial, dominada por la formación y los presupuestos krausistas (hasta 1880); una segunda etapa más permeable a las consideraciones del positivismo –que en literatura se traduce en una lectura independiente e inteligente del naturalismo de escuela– y para la que se podría proponer el término krauso-positivismo, si bien conviene no echar en saco roto que quien propone y define el término es Adolfo Posada en un ensayo titulado «Los fundamentos psicológicos de la educación según el Sr. González Serrano», incluido en el tomo *Ideas pedagógicas modernas* (1892), que prologó Leopoldo Alas, quien pese a tratar de la evolución del krausismo en España nada dice del término ni de la oportunidad de tal marbete para su propia andadura intelectual. Esta segunda etapa alcanzaría toda la década de los ochenta, aunque desde 1887, fecha de la publicación de *Apolo en Pafos* y de la mayoría de «Lecturas» de *Mezclilla* (1889), se observan las luces y las sombras que indican un renacimiento del idealismo, una voluntad de idealidad ética, que embargará al último *Clarín*, quien, sin desprenderse de las conquistas del naturalis-

mo y al aire de ciertas filosofías novísimas –todas ellas de raíz idealista y *desinteresada*– seguirá dando continuidad o, mejor dicho, repensando las invariantes del krausismo español. Las características fundamentales de esta etapa finisecular se advierten en sus recopilaciones de cuentos, especialmente *Cuentos morales* (1896) y en la reunión de textos heterogéneos, fechados entre el 91 y el 99, y que lleva el título de *Siglo pasado* (1901); heterogeneidad que responde a una tendencia que Mijaíl Bajtín anotó en la obra finisecular de Tolstoi, al prologar en 1929 la novela *Resurrección* (novela que, recordémoslo al paso, también prologó Alas): «Tolstoi se aleja cada vez más de la literatura y vierte su visión del mundo en forma de ensayo, de artículo, de tratado de compilación de aforismos [...] Las obras estrictamente literarias de este período están escritas en su viejo estilo, pero con la presencia predominante de la crítica, de la acusación, del moralismo. El combate encarnizado, pero sin esperanzas, que libra Tolstoi para elaborar una forma artística nueva, termina siempre con la victoria del moralista sobre el escritor: todas las obras de este período llevan esta marca»<sup>1</sup>.

Las palabras del gran teórico ruso convienen también como anillo al dedo a los quehaceres del último *Clarín*. Todas sus obras, primordialmente las de la madurez, teñidas por un tinte autobiográfico, responden al fondo inquebrantable de moralista, derivado de la ética del krausismo, que produjo algunos males en la cultura española de la segunda mitad del siglo XIX (*Clarín* los anota con imparcialidad en el prólogo, ya citado, de 1892 al libro de Adolfo Posada), pero también dejó «en buena parte de la juventud estudiosa e inteligente, como rastro perfumado, el sello de unción filosófica que engendraba el ánimo constante y fuerte del bien, el instinto de propaganda, de la vida ideal, de abnegación, pura y desinteresada»<sup>2</sup>.

Coincidencia con Tolstoi (¡tan admirado por el último *Clarín*!) que responde a una profunda afinidad en lo que estaban defendiendo en el tramo final de sus andaduras vitales, y cuya síntesis más exacta la ha formulado el humanista Isaiah Berlin en su espléndido ensayo *El erizo y la zorra* a propósito del autor de *La Guerra y la Paz*: «La conciencia de las *corrientes profundas*, las *raisons de coeur*, que ellos no conocían por experiencia directa, pero ante las cuales –estaban convencidos– los artificios de la ciencia no eran más que una trampa, un engaño»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cito por Mijaíl Bajtín, «Prefacio a *Resurrección*», Cuadernos Hispanoamericanos, 458 (1988), p. 11.

<sup>2</sup> David Torres, Los prólogos de Leopoldo Alas, Madrid, Playor, 1984, p. 178. («Prólogo a Adolfo Posada, Ideas pedagógicas modernas»).

<sup>3</sup> Isaiah Berlin, *El erizo y la zorra*, Barcelona, Muchnik, 1998, p. 134.

El descrédito de la ciencia positiva a finales del siglo XIX tenía raíces que el propio Berlin declara en «el pensamiento de todos aquellos que hablan de las razones del corazón, de la naturaleza moral o espiritual de los hombres, de lo sublime y las honduras, de la percepción *más profunda* de poetas y profetas»<sup>4</sup>. A Pascal y Blake, Rousseau y Schelling, Goethe y Coleridge, Chateaubriand y Carlyle hay que sumar a Leopardi y Tolstoi, a *Clarín* y a su mejor prolongación en la literatura española, el Unamuno de los «ensayos de conciencia» de los primeros años del siglo XX.

El *Clarín* finisecular, que se adivina en las consideraciones últimas de *Apolo en Pafos* (1887), creía que los poetas volverían a enseñar el camino de la luz, puesto que «hay en la verdad un principalísimo aspecto que sólo puede ser comprendido mediante el arte, esto es: en la expresión perfecta de su poesía»<sup>5</sup>. Las tendencias místico-artísticas que son ingrediente de la filosofía perenne de Alas se intensifican en la última década. Por dondequiera que tomemos su obra, llegamos a la misma evidencia: a la par que quiere ofrecernos una representación de la realidad más rica, más libre, más fluida, se empeña en tantear, balbucear, insinuar y abocetar los misterios de esa realidad, los relentes de misterio de la vida.

Una prolongación y, a la vez, una radicalización de este ideario se nos ofrece en Unamuno, a partir de la edición en tomo de los ensayos *En torno al casticismo* (1902). Tras atravesar una etapa de formación positivista, tras convivir con el pensamiento socialista, tras salvar la honda crisis personal, existencial e intelectual, de 1897, el primer Unamuno desemboca en un antirracionalismo que *Clarín* no formuló nunca de modo explícito. Las *raisons de coeur* pesan más en Unamuno, quien, no obstante, puede ser interpretado como el horizonte al que apuntaba la filosofía del Alas finisecular: es, cuando menos, un camino hermenéutico alternativo.

El dubitativo Hamlet al que dirigía sus cartas el último *Clarín*, como correlato del pensador solitario y desinteresado, se transforma, mediante la referencia a la escena V del primer acto del drama de Shakespeare, en el «espiritual» Hamlet que exclama: «Hay en los cielos y en la tierra, Horacio, más que lo que sueña tu filosofía». Se trata del paratexto inicial del ensayo «Intelectualidad y Espiritualidad» (*La España Moderna*, III, 1904), en el que Unamuno, mezclando datos autobiográficos con reflexiones librescas, afirma que lo verdaderamente real, lo real vital, sólo se puede indagar y conocer por el camino sentimental, por el camino poético. De ahí

<sup>4</sup> Ibidem, p. 132.

<sup>5</sup> Lepoldo Alas «Clarín», Folletos literarios III. *Apolo en Pafos* (Interview) (ed. Adolfo Sotelo Vázquez), Barcelona, PPU, 1989, p. 90.

su aspiración a ser poeta y profeta, a engrosar la legión de hombres espirituales, que define como «los que no toleran la tiranía de la ciencia ni aun de la lógica, los que creen que no hay otro mundo dentro del nuestro y dormidas potencias misteriosas en el seno de nuestro espíritu, los que discurren con el corazón, y aun muchos que no discurren»<sup>6</sup>. Es el dominio de los espirituales, tan próximo al de algunos intelectuales *fin-de-siècle*, que llevan a sus últimas consecuencias la esencia del romanticismo europeo<sup>7</sup>, cuyas luces apuntan a la individualidad, al impulso creador, a la independencia de la conciencia, a las necesidades emocionales no distorsionadas, pero cuyas sombras se extienden hasta el irracionalismo más histérico. Leopoldo Alas, filósofo de estirpe idealista y de moral krausista, se quedó —dada su prematura muerte en 1901— en la frontera de la implacable crónica del romanticismo de la desilusión, con unos flecos que intensifican la vertiente espiritualista. Unamuno —como recordó Ferrater Mora— no puede vivir, ni escribir sin la razón: «si pudiera escapar por entero al imperio de la razón, si pudiera reafirmarse como un irracional ser de carne y hueso que se afana por vivir eternamente, la tragedia desaparecería»<sup>8</sup>. Y la tragedia es la fuerza motriz de su pensamiento y de su literatura.

La inflexión del pensamiento de Alas a la altura de la última década del siglo reavivó y recreó la ética y la espiritualidad krausistas que perennemente alimentaron sus ideas, sin menoscabar su independencia, pero acentuando su autenticidad, su voluntad de predicar en pos de lo que llama, en el prólogo (1901) a su traducción de *Trabajo* de Zola, «ideas de amor y justicia, grandes y hermosas»<sup>9</sup>, cuyo acompañamiento son todos aquellos sentimientos que combaten el egoísmo, proyectándose sobre el bien de la Humanidad, porque la utopía clariniana —establecida frecuentemente en diversos textos finiseculares— es la de un mañana, en el que «al llamarnos entonces *todos hermanos* podamos hacerlo racionalmente, es decir, sabiendo que existe un padre, un *Dios*, o una madre, una *Idea*» («Revista mínima», *La Publicidad*, 14-V-1890); o como escribe en la «Revista mínima» que dedica el 12 de abril de 1898 en *La Publicidad* a reseñar los Escritos de José Soler y Miquel, obra póstuma del intelectual leridano que publicó

<sup>6</sup> Miguel de Unamuno, «Intelectualidad y Espiritualidad», Ensayos, t. IV, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1917, p. 210.

<sup>7</sup> Tengo en cuenta los brillantes trabajos de Isaiah Berlin, «La esencia del romanticismo europeo», El poder de las ideas (ed. H. Hardy), Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 307-314. Y Las raíces del romanticismo (ed. H. Hardy), Madrid, Taurus, 2000.

<sup>8</sup> José Ferrater Mora, «Unamuno: bosquejo de una filosofía», Obras selectas, Madrid, Revista de Occidente, 1967, t. I, p. 60.

<sup>9</sup> David Torres, Los prólogos de Leopoldo Alas, p. 255. («Prólogo» a Emile Zola, Trabajo).